



La Voz de Plata

Alba Quintas Garcíandia



PRIMERA NOCHE

En Xanadú, Kublai Kan
ordenó levantar un majestuoso palacio;
allí donde Alf, el río sagrado, corre
por cavernas inconmensurables para el hombre
hasta desembocar en un mar sin sol.

SAMUEL T. COLERIDGE
Kubla Khan

En Xanadú, Kublai Kan había ordenado que levantaran su palacio de verano. Se trataba de una construcción gigantesca hecha en su totalidad de cañas y tablones de madera unidos por cordones de seda. Su interior era de color dorado y parecía diseñado para que los invitados del emperador pensaran que se habían adentrado en el mismísimo Sol.

Alrededor del palacio se habían edificado dos anillos amurallados que protegían la ciudad de recreo y descanso del kan de los mongoles. Durante la estancia del emperador, estos muros eran recorridos a lo largo del día por varias patrullas de la guardia imperial.

Se decía que todos los detalles del palacio de Xanadú –desde la decoración con motivos ornitológicos hasta el mecanismo para armar su estructura y desarmarla solo entre el principio y el final del verano–

respondían a un sueño que Kublai había tenido hacía muchos años.

A ese palacio fue al que llegó la comitiva de Niccolò y Maffeo Polo, padre y tío de Marco, acompañados de todos sus ayudantes y de un mensajero de los mongoles que se había encontrado con ellos dos días atrás.

El kan, según les dijo, los esperaba con impaciencia.

Esas eran las palabras que explicaban el ánimo de todos mientras cruzaban las puertas de las murallas de Xanadú. Bajo la atenta mirada de la guardia y de la corte del emperador, entraron en el palacio.

La corte del kan era un lugar muy interesante. Aparte de todos sus ministros y del resto de los miembros de la nobleza, estaba llena de brujos, astrólogos y *bacsis*, una suerte de nigromantes que obtenían sus poderes de maneras solo conocidas por unos pocos privilegiados. Además, había representantes de cada rincón del Imperio mongol, por lo que la diversidad de razas y culturas era impresionante.

En el momento en el que la comitiva de los venecianos llegó, todos los cortesanos se encontraban reunidos en el comedor principal. El kan, en honor a los comerciantes venecianos que tanto tiempo llevaba esperando, había convocado uno de sus gigantescos banquetes, lo cual era una de las mayores distinciones que unos extranjeros podían disfrutar en el Imperio mongol.

Marco estaba tan nervioso que ni siquiera se sentía capaz de disimularlo. Los tres años de viaje desde Venecia por fin iban a concluir y, a pesar de todos los lugares que había visitado y de todos los prodigios que

había presenciado, llevaba tanto tiempo escuchando historias acerca del emperador de los mongoles que sus ganas de conocerle no habían hecho más que aumentar.

Había salido de su ciudad con diecisiete años y llegaba a Xanadú con veinte. Tres años de largo viaje.

Era mucho tiempo.

No podía dejar de mirar en todas las direcciones. Cada rincón de Xanadú guardaba maravillas desconocidas para él, maravillas que no deseaba olvidar. Si hubiera tenido el tiempo y la libertad necesarios, habría explorado cada habitación del palacio y cada milla de los preciosos terrenos que lo rodeaban, llenos de jardines, cuadras y animales variados. Se prometió a sí mismo que ya lo haría en otra ocasión.

La tablilla dorada que Niccolò Polo llevaba en la mano, y que los identificaba como emisarios del kan, le recordaba que estaban allí por una misión muy importante.

Su padre se lo había explicado:

—Esta tablilla es de oro macizo —le dijo— y, sin embargo, vale mucho más que el dinero que podríamos sacar por vender su metal fundido, puesto que es un salvoconducto oficial del kan de los mongoles.

—¿Un salvoconducto?

—Significa que tu tío y yo podemos viajar por todas las rutas de su imperio, y que todo aquel con el que nos encontremos está obligado a proveernos de cualquier cosa que necesitemos para el camino, ya sea comida, caballos o un lugar en el que descansar. Es uno de los bienes más codiciados de todo el Imperio

mongol. Maffeo y yo la conseguimos en nuestra última visita al kan.

Marco se había fijado en que en su superficie estaban grabadas unas palabras en extraños caracteres.

—¿Qué significan? —le preguntó a su padre.

En el viaje había ido aprendiendo poco a poco el idioma de los mongoles y algo de chino, pero la escritura de ambas lenguas aún se le escapaba. Por suerte, era buen estudiante. Siempre lo había sido.

—«Por el poder del Cielo Eterno, santo sea el nombre del kan. Que aquel que no le rinda pleitesía sea muerto».

—No suena muy halagüeño —quiso bromear el joven. Niccolò sonrió.

—Le gustan mucho las palabras grandilocuentes —fue su respuesta.

Palabras, siempre palabras.

A Marco también le gustaban las palabras, a pesar de que desde que llegara a Xanadú había guardado el más respetuoso de los silencios.

Se notaba que la gente del palacio conocía a Niccolò y a Maffeo, y que llevaban mucho tiempo esperando su llegada. Los recibieron con gestos corteses que enmascaraban su curiosidad.

Hacía muchos años que otro de sus viajes por la Ruta de la Seda había llevado a los hermanos Polo en presencia del kan, quien, interesado en entablar relaciones diplomáticas con Occidente, les había encargado entregar una carta al papa mostrando su buena disposición.

Además, había pedido que le hicieran llegar una reliquia muy especial: aceite del Santo Sepulcro de Jerusalén, el lugar en el que, según se decía, habían enterrado a Jesucristo y del cual había salido caminando tres días más tarde.

Habían cumplido los dos cometidos: llevaban consigo tanto el aceite como la respuesta del papa. Como buenos comerciantes que eran, los Polo siempre conseguían aquello que se les pedía. Era una de las razones que explicaban su fama, tanto en Venecia como en la Ruta de la Seda.

De ahí que alzaran tanto la barbilla al entrar, orgullosos, en el salón principal del palacio.

El kan no había escatimado en lujos para recibir a sus invitados. Por todo el salón se servían platos de comida que Marco desconocía, pero que le daban a la sala un aroma único; y había jarras y jarras de una bebida de color blanco que, a juzgar por las mejillas coloradas de los comensales, debía de ser algo bastante más fuerte que la leche. Todos se sentaban sobre ricas alfombras y parecían divertirse, aunque callaron cuando vieron que la comitiva por fin entraba.

Entre tanta gente, Marco tuvo que escuchar la voz del kan antes de poder distinguirla.

–Bienvenidos, venecianos.

Una vez que le vio, no tuvo ninguna duda.

Aquel era el rey más poderoso sobre la faz de la tierra.

Antes de que pudiera examinarlo concienzudamente, vio cómo su padre y su tío se ponían de rodillas

y adoptaban una postura de sumisión. Apurado, se apresuró a imitarlos.

—Aprecio el gesto, pero estamos entre amigos —escuchó que decía el emperador de los mongoles.

A pesar de que a Marco todavía le quedaba mucho por aprender y practicar del idioma de los mongoles, al emperador le entendió sin ningún problema. Tenía un acento suave, en el que se notaban las influencias de la gran mezcla de culturas y sociedades que era su imperio. Una suerte de intérprete estaba parado a su lado, pero Niccolò desechó sus servicios con un gesto de la mano. No iban a necesitarlo.

—Levantaos.

Así lo hicieron los tres viajeros.

Y, entonces sí, Marco Polo pudo mirar cara a cara a Kublai Kan.

Si hubiera tenido que encontrar palabras para describirle, probablemente habría dicho que Kublai Kan era un hombre hecho tanto de fuego como de agua, y que aquello, de alguna manera, funcionaba.

Resultaba imposible determinar su edad. Su padre le había asegurado que pasaba de los cincuenta años. Debía ser de estatura media, quizá un poco más bajo que el propio Marco, aunque no importaba mucho, puesto que su presencia eclipsaba todo lo demás. Sus ojos negros miraban a los venecianos fijamente, casi sin parpadear. Había algo en ellos de desafío, pero también pura curiosidad.

A su lado se sentaba una mujer madura de aspecto elegante. Sus ropajes en tonos rojizos y la extraña co-

rona que adornaba su cabello enmarcaban un rostro de facciones armoniosas.

—Creo que en vuestra anterior visita, comerciantes, no llegasteis a conocer a mi esposa: la dama Chabi.

Otra reverencia. La emperatriz la recibió con una leve inclinación de cabeza. Sus ojos, con el brillo característico de la astucia, no dejaron de estudiar a los viajeros ni un segundo.

—¿Habéis traído todo lo que os encomendé? —volvió a hablar Kublai.

Niccolò Polo se adelantó. De entre los ropajes sacó un recipiente ricamente adornado y un pergamino.

—Desde que los conseguí no me he separado ni un día de ellos —le confió al kan—. Quería asegurarme de que llegaban a vuestras manos tal y como los había recibido, sire.

Kublai Kan asintió, complacido. A un gesto suyo, uno de los sirvientes recogió ambos objetos y salió de la habitación. Marco supuso que los llevaría a las dependencias privadas del emperador.

—¿Quién es el muchacho?

Cuando Marco se volvió, se encontró con la mirada del kan clavada en él.

Algo se le removió por dentro.

—Es mi hijo —respondió Niccolò—. Su madre murió cuando estuve fuera, en el anterior viaje por la Ruta de la Seda, y en cuanto volví a Venecia quiso acompañarme. No pude decirle que no.

—¿Tu hijo tiene nombre?

–Marco Polo, sire –se apresuró a responder el joven–. Para serviros.

A Kublai Kan le brillaron los ojos al escuchar su voz.

–¿No has podido resistirte a ver las maravillas de Oriente, Marco Polo?

–No os confundís –tomó aire–. Pero reconozco que mi mayor ambición son los vacíos del mapa. Quiero estar allá donde ningún veneciano haya estado nunca.

Todos los ocupantes del salón se habían quedado en silencio. Su padre y su tío le miraban con cierta cautela, como si temieran que el desparpajo y la confianza con la que Marco hablaba pudieran ofender al kan. Nada más lejos de la realidad. Chabi había entrecerrado los ojos al escuchar aquellas palabras, mientras Kublai parecía más y más interesado en el joven a medida que hablaba.

–Los vacíos del mapa... –repitió, pensativo.

–Como bien sabes, joven Marco, muchos de esos vacíos también están bajo nuestro mandato –intervino la emperatriz.

Su acento era muy distinto al de Kublai Kan, y el muchacho tardó tan solo unos instantes en recordar lo que en la comitiva de su padre ya se decía: que el emperador estaba casado con una de las princesas budistas chinas, que tenía una gran influencia en temas políticos y de diplomacia.

Cuando la dama Chabi hablaba, el resto callaba para escuchar.

–Como debe ser, mi señora –acertó a responder–. No en vano se afirma que el vuestro es el imperio más extenso que haya conocido la humanidad.

–Lo es. Mis cartógrafos e historiadores me aseguran que dobla en extensión al de vuestros antepasados, los romanos –afirmó el emperador.

Marco hubiera jurado que lo triplicaba.

–Estoy seguro de ello –se limitó a decir Marco, con una sonrisa.

–Mi hijo es bachiller –intervino Niccolò Polo, no sin cierto orgullo–. Su madre se encargó de que nunca le faltara de nada en su educación. Pero no solo eso: su resistencia y su fortaleza durante el largo viaje que nos ha traído hasta vos han sido ejemplares.

–No hay nadie tan perfecto como describís, aunque sin duda las vuestras son las palabras de un padre orgulloso –dijo Kublai Kan–. Dime, joven Marco, ¿qué te parece mi palacio?

A Marco Polo aquella pregunta, aparentemente inofensiva, le pilló un poco de improviso. Pero luego le vinieron a la mente unas palabras lejanas, palabras que parecían provenir de un mundo soñado.

«Tendrás que convencer al mayor soberano del mundo de que tienes nuestro poder de las palabras».

«Nunca, jamás... debes mentirle».

Miró al emperador. Miró a su esposa, que también parecía alentarle con aquel singular brillo en sus ojos.

Tomó aire.

Después de todo, las palabras eran sus aliadas. Siempre le habían obedecido.

–Este es un lugar tan gozoso que el paso del tiempo ha dejado de importar en él –comenzó–. El viento se cuela hasta en sus rincones más escondidos porque

desea descubrirlos, pero no es de telas y cañas de lo que está hecho este palacio, sino de recuerdos, de vuestros recuerdos más felices. Siento que aquí habéis disfrutado realmente de la vida, os habéis sentido realmente libre, y eso es lo que transmite Xanadú: cada cuidada habitación, cada brizna de hierba, cada plato de comida, cada caballo en los establos. No es oro lo que reluce en sus estancias; es el mismo Sol. Y no es tierra sobre lo que está construido; es un mar infinito de vida. Creo que siempre volvéis a este lugar, Gran Kan, porque es uno de los pocos en los que nunca os sentís solo.

Cuando cesaron sus palabras, toda la sala contuvo la respiración.

Los más atrevidos se giraron para ver la reacción de Kublai. Niccolò Polo, con los ojos muy abiertos, parecía ya tener preparada una excusa para disculpar la osadía de su hijo.

Pero no fue necesario usarla.

El kan de los mongoles, tras una pausa ciertamente dramática, se echó a reír. Y acto seguido aplaudió.

El resto de los comensales se le unieron y dejaron escapar la tensión que durante unos instantes los había atenazado. La emperatriz Chabi también sonrió, complacida.

Marco, ante aquella reacción, hizo una reverencia con desparpajo.

«¿Acaso no es ese el poder de los que contamos historias?», se dijo el joven Marco.

—Vuestro hijo tiene buena voz y mejor juicio, amigo Niccolò —dijo el kan, con los ojos todavía brillantes—.

Ha descrito Xanadú de la única manera en la que se podría describir un palacio que primero fue construido en sueños y luego en el mundo real. Has hecho un viaje muy largo solo para verme, muchacho, así que dime: ¿deseas quedarte entre nosotros? ¿Deseas ser parte del Imperio mongol?

–Pensáoslo bien –añadió la emperatriz–. Siempre podréis regresar a casa, pero os aseguro que este lugar os embruja el corazón, y que hace más y más fácil tomar la decisión de no abandonarlo. Yo tomé la decisión de convertirlo en mi hogar hace mucho tiempo.

Pese a la advertencia, Marco no tuvo que pensárselo. Llevaba mucho tiempo sabiendo la respuesta.

–Ahora mismo es lo que más quiero, sire.

Notó cómo su padre, a su lado, hacía un gesto de conformidad, casi de orgullo. Otro se hubiera extrañado de la buena disposición que Niccolò mostraba a que le arrebataran de aquella manera a su hijo, pero Marco le conocía demasiado bien. En aquel momento estaría pensando en lo mucho que convenía a sus negocios tenerle en la corte mongola, recorriendo todo el imperio. Así era su padre. El gran comerciante, para lo bueno y para lo malo.

Ante el entusiasmo de su respuesta, Kublai, haciendo un gran esfuerzo, se había levantado. Su gran envergadura y su edad hacían que sus movimientos fueran algo pesados, pero eso no parecía detenerle.

Dio un par de pasos en dirección a los Polo.

–He aquí lo que propongo –comenzó–: Niccolò y Maffeo, vuestros servicios son muy preciados para

mí. Tal y como acordamos en su día, podéis conservar vuestra tablilla dorada y el permiso para comerciar y viajar con libertad a lo largo de toda la Ruta de la Seda. Nunca nadie os hará daño ni se os negará nada, pues estáis bajo la protección personal del kan de los mongoles. Haced lo que mejor sabéis hacer, comerciantes, y en poco tiempo os encontraréis con más riquezas de las que jamás hubierais podido obtener en vuestra Venecia, os lo aseguro.

Niccolò y Maffeo realizaron sendas reverencias, profundamente agradecidos.

Lo habían conseguido. Aquella era la auténtica meta de su viaje.

Iban a ser una leyenda entre los comerciantes venecianos.

—En cuanto a ti, joven Marco, también te otorgaré una tablilla dorada y, lo que es más, un lugar en mi corte —continuó el kan—. Podrás viajar por todo el imperio como mi embajador, realizando diversas misiones y ayudándonos a mí y a mis ministros. Pero sobre todo serás mis ojos en esas tierras que yo no tengo tiempo de visitar. Te advierto que soy muy exigente con mis informantes: deberás describirme todo lo que veas de la misma manera en la que hace un momento me has descrito mi palacio. No acepto menos de ti, no ahora que me has dejado ver el alcance de tus palabras.

»Pero eso no es todo.

»La otra cosa que te pido son cinco noches de tu vida, cinco noches en las que tú y yo conversaremos. Sin tapujos, sin mentiras, sin miedos. Tenlo claro: no

soportaré que me mientas. Si no eres sincero conmigo, sufrirás las represalias. Pero también funcionará al contrario; tú también podrás demandar de mí sinceridad total. Sé consciente del lujo que eso supone, pero, sobre todo, sé responsable, pues aquello que se dice jamás puede ser retirado.

»Cinco noches, Marco Polo, que yo elegiré a lo largo del tiempo que estés entre nosotros. Pueden pasar días o pueden pasar años entre una y otra. No importa. Cuando concluya la quinta, volverás a Venecia –y añadió para finalizar–: Sé que entonces estarás preparado.

Ni siquiera la dama Chabi pudo disimular, por unos instantes, lo mucho que le sorprendía la propuesta de su esposo. El kan había hechizado a todos los presentes con su extravagante proposición.

Cinco noches...

Parecía la historia de Sherezade una y otra vez.

Marco hubiera podido esperarse cualquier cosa, pero aquello era inaudito.

Se dio cuenta entonces del significado de su sueño, de lo que el universo le había intentado decir. Por eso no pudo evitar sonreír.

Sonaba como un buen reto. Y él era demasiado joven como para que la idea no le sedujera.

–Gracias por vuestra oferta, Gran Kan. La acepto gozoso y agradecido a partes iguales –dijo mientras realizaba la reverencia de rigor–. Solo espero estar a la altura de vuestras expectativas.

Kublai asintió.

Parecía satisfecho.